PRÓLOGO

Era la primera vez en casi diez años que no conseguía matar. Se le escapó la risa por lo absurdo de la situación. Justo al lado de la superficie donde reposaba el muchacho al que había perdonado la vida se encontraba otra mesa con un cuerpo ya descuartizado. La madera había absorbido tanta sangre que en ese momento era de un tono parduzco y apestaba. Incluso para ella, que ya estaba acostumbrada, empezaba a ser molesto. Llevaba una temporada pensando que necesitaba otra mesa, pero hacerse con una nueva habría significado asumir que seguiría con ese trabajo durante mucho más tiempo.

Y no quería.

No solía permitirse dudar. Sabía que hacerlo era muy peligroso en su situación, así que prefería desconectar el cerebro. A veces lo lograba, se alejaba tanto de la realidad que no recordaba

haber enterrado un cuerpo y volvía a bajar al sótano a por él. Tampoco se concedía momentos de descanso. Cuando estaba demasiado ociosa la acribillaban unos pensamientos que no se sentía preparada para asumir.

Así que se mantenía ocupada y con la mente en blanco. Era mejor así.

Sin embargo, aquel chico era tan joven... ¿Quizá acababa de entrar en la veintena? Debía de tener la edad de su hija porque todavía le quedaban ciertos rasgos de adolescente. ¿Cómo iba a matarlo? Al encontrarlo en el bosque, la barrera mental que había construido con tanto esfuerzo se desmoronó y millones de imágenes arrasaron con todo. Necesitó agarrarse al árbol más cercano y descansar unos segundos para recobrar el aliento.

Se sentó en el único taburete del sótano, lejos del puzle macabro que era el cadáver despiezado. No tenía muy claro qué hacer con él. El daño ya estaba hecho, así que no tenía por qué darle tantas vueltas, pero, solo de pensar en continuar con el siguiente proceso, le entraban arcadas. Y eso

que todavía tenía tierra entre las uñas de la última vez que lo había llevado a cabo. Algo que hasta entonces había sido tan rutinario, se convertía de repente en un obstáculo insuperable. Pese a eso, tenía que deshacerse de los restos mortales antes de que el chico se despertara. No quería asustarlo tan pronto. Necesitaba retenerlo al menos hasta después de mantener una conversación. Ya casi no recordaba cómo era interactuar con otras personas y era consciente de que se le iban olvidando palabras. En los diálogos consigo misma cada vez usaba un vocabulario más pobre. Aunque sus competencias lingüísticas no era lo que más le preocupaba en aquel momento.

Suspiró. Hacía casi diez años desde que había llegado a la conclusión de que asesinar a esas personas era la mejor solución, pero el tiempo lo disuelve todo, incluso la convicción. Ya ni siquiera confiaba en que valiera la pena.

Justo en ese instante se dio cuenta de que nada iba a volver a ser como antes. No podía reconstruir lo derribado. Se sentía demasiado cansada para intentarlo. No obstante, esa idea la

reconfortaba. Aunque no supiera si la decisión tomada tendría repercusiones positivas o negativas en su vida, lo que estaba claro era que esa horrible etapa iba a terminar, y eso era más que suficiente.

MAL PRESAGIO

La única tienda de escobas de la ciudad de Hexenfels llevaba vacía toda la mañana cuando se oyó el tintineo de la campanilla. Rita lo escuchó desde el taller. Antes de seguir el sonido, se quitó los guantes que usaba para tratar la madera, se secó el sudor e intentó peinarse el pelo con la mano. Mientras tanto, la primera clienta del día se deslizó al interior del local con la elegancia de una gata. Era lógico, ya que se había convertido en una. Luego se subió de un salto al mostrador a esperar a la propietaria y no recuperó su forma original hasta que la vio aparecer tras la cortina. Tuvo, sin embargo, que sacudirse todo el pelo que se le había adherido a la ropa durante la transformación. Una vez pareció satisfecha, se sentó cruzando las piernas y se dirigió a Rita, pero al abrir la boca solo le salió un maullido.

—Vaya, Marina, parece que la polimorfia se te resiste. Supongo que no podías ser buena en todo —dijo entre risas—. Anda, no te quedes ahí y acompáñame a la trastienda, que tengo mucha faena hoy.

—¡Miau! —se quejó la otra bruja antes de bajarse del mostrador y seguir a la vendedora al taller.

A pesar de la amplitud de la estancia, la artesana se las arreglaba para que caminar por allí fuera imposible. Los materiales se amontonaban por todas partes y, aunque ella no tenía ningún problema para moverse entre ellos, Marina estuvo a punto de caerse por culpa de un bote de pintura.

Al llegar junto a la zona de trabajo, la fabricante de escobas retomó una a medio terminar. Estaba casi lista. Solo tenía que lijar el mango un poco más y podría barnizar y añadir las ramitas al cepillo. Le habían encargado un modelo clásico, así que pintar quedaba fuera de los planes.

—¿Te has teñido el pelo?

—¡Miau! —Jugueteó con uno de sus tirabuzones morados.

—Te queda muy bien, la verdad.

Marina sonrió antes de transformarse de nuevo en gata y subirse a la mesa. Desde allí podía ver mejor. Y, como muchas otras veces, se quedó ensimismada con las manos de Rita mientras esta trabajaba la madera. Luego saltó al suelo y se enredó entre sus piernas, lo que la hizo trastabillar.

—Ten cuidado, anda, o nos haremos daño. Esto es un taller, no una sala de juegos. —La riñó.

Marina se quejó, pero le hizo caso. Al rato, quizá por aburrimiento, volvió a su forma humana.

—Anoche mi madre vio algo raro en el estanque de nuestro jardín. Dice que tiene que ver contigo.

—¿Raro?

—En realidad malo, pero quería suavizarlo. Me ha pedido que te avise.

Rita dejó de lijar.

—¿Conmigo? Si no me meto nunca en problemas. —Se quedó pensativa—. No sé qué me podría pasar. Yo solo hago escobas, ya ni siquiera las monto tanto...

Marina se llevó las manos a la boca para intentar aguantarse la risa, pero terminó estallando en carcajadas. La otra bruja frunció el ceño.

—¿De qué te ríes? ¿Te hace gracia que me pueda ocurrir algo malo?

—¡No es eso! Es que… Bueno, en realidad es mejor que no lo sepas.

—¡Claro que quiero! Además, tengo una lija y sé usarla.

Sin que su amiga tuviera tiempo de reaccionar, se lanzó sobre ella. El grito que obtuvo como respuesta se escuchó por toda la calle.

—¿Pero no habías dicho que en el taller no se jugaba? —Cogió a Rita del brazo para calmarla después de esquivarla por tercera vez—. Ya te lo cuento, no te preocupes, pero los chistes si se tienen que explicar pierden su gracia. Lo que había pensado es que lo mismo ya no montabas en escoba porque preferías montar en otra cosa… ¿o persona?

La fabricante de escobas no pudo más que ruborizarse al ver cómo le guiñaba el ojo.

—¡No digas burradas en mi tienda, por favor!

Y, aunque lo intentó, fue incapaz de no echarse también a reír.

Volvió a lijar la madera con una sonrisa. Al rato, le pidió a Marina que le pasase una brocha y el bote de barniz para rematar la tarea. No llevaba más de unos segundos extendiendo la sustancia pegajosa cuando se dio cuenta de que no le quitaba los ojos de encima.

—Es increíble lo bien que se te da el trabajo manual.

Se ruborizó al comprender lo que había dicho. Rita también sintió sus mejillas arder.

—¿Pero no te he avisado de que no digas burradas?

—¡Ahora no iba con esa intención! —Resopló—. Es que a mí las manualidades se me dan fatal. —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—: ¡Muy muy mal! Hace unos años, cuando me dio por intentar aprender a tejer, quise regalarle a mi madre una bufanda por su cumpleaños y ¿sabes lo que pasó?

—Claro que lo sé. Tuve la desgracia de que me enseñaras esa monstruosidad.

—¡Exacto! Eso no era una bufanda, era un trozo de lana con tumores.

Rita tuvo que soltar la brocha para agarrarse el estómago de la risa. Cuando consiguió calmarse, Marina le sonrió y a ella le dio un vuelco el corazón. Las comisuras de los labios se le alzaron sin que pudiera remediarlo. Luego volvió al trabajo, aunque no logró concentrarse más de cinco minutos.

—¿Te ha dicho tu madre algo? Me refiero a eso tan malo que se supone que me va a pasar.

—Sé que odias que te avisen de estas cosas porque te vuelves paranoica. —Tomó asiento en un taburete que estaba desperdigado por el almacén—. No tendría que haberte dicho nada. Mi madre se puso muy pesada, pero...

—Da igual, ahora necesito saberlo.

Su amiga suspiró con fuerza y se levantó para colocarse junto a ella y cogerla de la mano.

—Antes de nada, te recuerdo que la videncia es muy inexacta y que mi madre se equivoca dos de cada tres veces...

—¡Marina!

—Vale, vale. —Cogió aire. Luego soltó toda la información como si tuviera mucha prisa por quitársela de encima—: Es posible que alguien a quien quieres muera pronto.

A Rita no le dio tiempo a reflexionarlo. Un nuevo tintineo provocó que diese un brinco y se chocase con la estantería que tenía encima. Su madre no había tenido en cuenta que llegaría a ser tan alta ni tan torpe, y eso le pasaba factura casi todos los días. Por suerte, con el golpe y el sonido de la puerta, consiguió apartar de su mente el comentario que acababa de oír. En ese momento había alguien en su tienda a quien debía atender.

Se quitó el delantal, estiró el peto y se pasó las manos por su pelo para adecentarse. Aunque lo tenía corto, siempre encontraba una forma nueva de rebelarse contra ella. Marina salió del taller detrás de ella, transformada de nuevo en gata, y le maulló a la persona que había hecho sonar la campanita.

La joven clienta soltó junto al mostrador las bolsas que cargaba. Luego dejó su sombrero

verde y puntiagudo en el perchero de la entrada. Los mechones rubios le caían sobre los hombros y se le pegaban al poncho debido a la electricidad estática.

—¡Hola! —saludó Úrsula.

—Buenos días. ¿Tu hermana está mejor?

La bruja frunció los labios.

—Bueno, tú sabes, se está recuperando de la explosión del otro día, pero en cuanto se sienta mejor volverá a las andadas. —Suspiró—. ¿Es que no puede estarse quieta? Si con la magia no necesitamos otro tipo de energía.

—Es lo que le gusta, ¿no? Y sus descubrimientos han ayudado mucho a la comunidad.

—¡Pues que se ocupe otra persona y no ella!

La joven intentó no reírse. Conocía a Úrsula de toda la vida y sabía que solo quería proteger a su hermana pequeña, pero esta ya era lo suficientemente adulta como para tomar sus propias decisiones.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí?

—¿No puedo venir a ver a mi amiga? —Rita levantó las cejas, divertida—. Vale, vengo porque

se me rompió la escoba ayer mientras aterrizaba. No me extraña nada, en realidad debería haberme comprado una nueva hace muchos años. Es muy vieja y estaba preparada para aguantar el peso de una niña o quizá una adolescente menudita, pero como siempre he sido muy delgada pensé que podría seguir usándola, ¿sabes? Es que tiene mucho valor sentimental. —La gata maulló y eso hizo que Úrsula se fijara por primera vez en ella—. ¿Es esa Marina?

Rita asintió y le rascó el lomo al animal.

—¿Me dejas ver la escoba?

—¡Claro, claro, si por eso te la traigo!

Se agachó para rebuscar en una bolsa los trozos de lo que quedaba de ella, que a continuación dejó sobre el mostrador. La experta observó entonces la madera astillada, vieja y desgastada. En algunas zonas todavía se podían apreciar rastros del color rosa que en algún momento la había cubierto por completo.

—¿Desde cuándo la tenías?

—Pues mi madre se la compró a la tuya cuando llevaba el negocio, antes de todo el follón.

Rita se quedó unos segundos en silencio, rememorando aquellos tiempos en los que su cabeza no asomaba por encima del mostrador y solía correr por el taller hasta que Fausta, su madre, la regañaba. A pesar de los años, la imagen que tenía de ella se mantenía vívida en su memoria. Solían ir algunas noches a la explanada que separaba la ciudad de las murallas y desde allí volaban juntas hacia el cielo estrellado. Aún recordaba sus rasgos curvos y suaves, y su brillante piel oscura bajo la luna. Todo lo que sabía sobre magia y cómo tratar la madera se lo había enseñado ella.

—Mi madre fabricaba muy buenas escobas, la verdad. Mejor de lo que yo podré hacerlas nunca. No me extraña que te haya durado tanto. —Volvió a quedarse en silencio, pensativa, antes de continuar—: Pero ¿qué es lo que quieres exactamente? ¿Que te la arregle? Porque no creo que sea posible… La madera está ya fatal y se rompería otra vez en unos días.

—No hay forma de que pueda seguir utilizándola, ¿no? —Chascó la lengua—. Bueno, no pasa

nada. Me tocará encargarte una nueva. Aunque lo cierto es que me gustaría que me arreglaras esta también, para tenerla de adorno al menos. —Mientras su mirada se posaba de nuevo en la maraña de palos y astillas, algunos recuerdos entrañables de su infancia le chispearon en la mente. Sonrió abstraída—. Me da mucha pena verla así, hecha pedazos, después de todos los momentos que he pasado con ella.

—Sí, vale, eso está hecho. Me llevará un poco de tiempo, pero podré hacerlo.

—¡Gracias! —dijo alargando mucho las sílabas.

Tras recoger todos los trozos de madera de lo que fue una escoba, Rita se dio la vuelta para llevarlos al taller. Acababa de dejar los restos sobre una mesa de trabajo en la que el espacio brillaba por su ausencia cuando Marina dio un salto desde el mostrador y la siguió. Una vez consiguió hacer algo de hueco, cogió la libreta donde escribía todos los encargos y buscó un lápiz con el que apuntar la información de Úrsula. Nunca había sido una bruja con buena memoria, así que aquella agenda era la única

forma que había encontrado para no equivocarse constantemente. Se la había regalado Marina por su cumpleaños el mes anterior. La chica convertida en gata ronroneó contenta al ver que la había estado usando.

—Entonces te pongo una reparación y una nueva, ¿no? —gritó todavía desde el interior del taller—. ¿No te interesa ninguna de las que tengo en exposición? Las hay de muy buena calidad.

Rita esperó mientras Úrsula echaba un vistazo. El local estaba lleno de escobas por todos lados: sobre las estanterías, amontonadas en las esquinas, expuestas en el escaparate… El diseño de algunas era sencillo, mientras que la madera de otras se retorcía creando formas y terminados exquisitos. Las había que tenían asiento o manillar, que eran rígidas o más flexibles. Si existía, estaba en la tienda. Si no, ella la fabricaba. Aun así, la otra bruja no pareció encontrar ninguna que le llamase la atención.

—Si no te digo yo que no, pero es que no son la mía.

—Entiendo.

Suspiró. Entonces la chica rubia pareció acordarse de algo y sacó de un bolsillo una foto de ella de pequeña sobre su escoba. Recién comprada, el rosa era más intenso de lo que la bruja recordaba, el cepillo más voluminoso y contaba con un enrevesado manillar dorado que había tenido que cambiar años más tarde por uno más sencillo después de que se le rompiera. Fausta había hecho un trabajo excepcional y su hija no podía más que admirarlo.

—Te dejo esta foto, así la tienes de referencia tanto para la reparación como de inspiración para la nueva. —Se la extendió a Rita, que la cogió y la examinó antes de guardarla en el bolsillo gigante de su peto—. ¿Cuándo crees que las podrás tener?

—Pues es una obra compleja y ahora mismo no me queda pintura rosa, así que tengo que pedirla. No la fabrican en Hexenfels, sino en otra ciudad independiente que está a una semana de camino, así que tardará en llegarme. —Se llevó la mano a la barbilla—. Además, tengo mucho lío últimamente. Parece que a todas las brujas de la ciudad

se les han roto las escobas a la vez. Al menos hasta el mes que viene no creo que estén terminadas. —Ante la expresión de decepción de su amiga añadió—: Pero empezaré por la nueva, así podrás usarla cuanto antes. Aunque, de todas formas, puedo prestarte una de segunda mano para estos días. No son las mejores, pero hacen el apaño.

Úrsula asintió y se lo agradeció con una sonrisa antes de acercarse al rincón que hasta entonces había ignorado por completo, repleto de escobas viejas y sin brillo. Marina, todavía convertida en gata, la siguió sin apartar la mirada. Cuando vio a la bruja a punto de escoger una de color lila, volvió rápidamente a su forma humana.

—¿No te gusta más esta celeste? —dijo cogiendo una que estaba un poco más atrás.

—Pues la verdad es que pensaba llevarme la lila porque está en mejores condiciones. ¿Pasa algo? —preguntó con las cejas fruncidas y la cabeza ladeada.

—Marina lleva varios meses detrás de esa escoba. Desde que la trajeron, de hecho —explicó

Rita con los brazos en jarra—. Le he dicho que se la regalo si de verdad la quiere, que no me va a suponer una gran pérdida, pero no lo acepta.

—¡Claro que no! Me gustaría ahorrar para comprármela con mi dinero y mi propio esfuerzo, no que me la des por pena.

La propietaria de la tienda salió de detrás del mostrador para acercarse a las otras chicas y luego se cruzó de brazos.

—Sabes perfectamente que no es por pena, sino porque te quiero y no me importa hacerte un regalo, pero bueno.

Marina, enfurruñada, volvió a su apariencia gatuna, a la que por fin parecía haberle cogido el truco. Sus ojos amarillos de criatura de la noche y el pelaje erizado le daban un aspecto amenazador que no conseguía con las formas redondeadas de su cuerpo humano.

Úrsula se colocó entre las dos.

—A ver, que a mí me da igual una u otra porque al fin y al cabo es solo para unos días, así que cojo la celeste y ya no hay ningún problema. —Agarró dicha escoba y se la llevó al mostrador.

—Está bien, pero Marina ya sabe que en algún momento alguien vendrá y la comprará.

—¿Y no puedes guardársela?

Rita suspiró y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—Tampoco me deja. Me dio un discurso raro sobre la vida, el destino y no sé qué cosas. Es muy exigente la bruja esta. —La gata tenía las orejas inclinadas hacia atrás, las pupilas dilatadas y había entrecerrado los ojos como si quisiera maldecir a su amiga—. ¡Mira qué cara de enfado está poniendo!

El animal bufó y corrió a esconderse debajo de las piernas de la rubia.

—Anda, no te metas más con la chica y ponte con mis escobas. —Úrsula la reprendió sin aguantar la risa.

Marina abandonó de nuevo su forma gatuna, pero esa transformación no cambió su expresión de disgusto.

—No te enfades, que iba en broma. —Rita se acercó a su amiga lentamente y le tocó el hombro.

—¡Pero es que eres tontísima! —Se pasó la mano por la cara y se apretó las sienes—. Mira,

me voy, que tengo que ayudar a mis hermanas con los deberes. A ver si este año terminan la academia y se ponen a trabajar.

Cuando estaba a punto de marcharse, Rita suspiró y corrió para colocarse entre la puerta y su amiga, impidiendo que pudiese salir.

—Lo siento. Ya sabes que te quiero un montón. No era mi intención molestarte.

—Jo, y yo a ti. ¡Pero no me lo digas ahora, que estoy enfadada!

La puerta se cerró y Marina desapareció de su vista. Úrsula rompió el silencio momentáneo al recoger sus cosas para marcharse también. Rita dejó escapar un suspiro mientras se dirigía de nuevo al mostrador.

—No te preocupes, mujer, si seguro que se le pasa. Es una tontería —dijo desde el otro extremo de la tienda—. Me marcho, debo hacer algunas paradas antes de llegar a mi casa. ¡Nos vemos!

La bruja dio un par de golpecitos en su pierna y decidió volver al trabajo. Las escobas voladoras todavía no se fabricaban solas.